

¡Ahú! ¡Dejad al muerto!  
 ¡Dejad al *tubichá!*  
 ¿Por qué sopláis la lumbre de sus fuegos?  
 ¡Dejad al muerto, *Añang!*

— ¡No le cerréis los ojos!  
 — ¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!

— ¿Sentís ladrar las sombras? Han salido  
 Del tronco del ombú.

— ¡Corred, seguid aquella  
 Que se revuelve allá!  
 Sacude la maleza con las alas,  
 Y agita el *ñapindá.*

¿A quién lleva el fantasma  
 De rápido correr?  
 Va fugitivo, y en sus hombros lleva  
 Al *cacique que fué.*

— ¡Cómo gritan los árboles!  
 ¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!

— El aire zumba; son los moscardones  
 Que corre *Añanguazú.*

— ¡Persiguiendo la luna  
 Los perros negros van!

— ¡Los perros negros que á beber comienzan  
 Su tibia claridad!

¡Cómo mira esa sombra  
 Con sus ojos de luz!

— ¡Y cómo se retuercen y se alargan  
 Sus alas de *ñandú!*

— ¡El viento! ¡El viento negro!  
 ¡Allá va! ¡allá va!

¿Quién zumba en él? ¡Las moscas que conduce  
 Gruñendo el *mamangá!*

## XIII.

Las sombras de la noche  
 Vienen volando en caravana aérea,  
 Y luchan con las llamas, las sacuden,  
 Y en torno del hogar revolotean.

Las llamas las rechazan,  
 Y las detienen en aureola negra,  
 En cuyo seno los añosos árboles  
 Cobran formas variables y quiméricas.

Los ojos del cadáver  
 Horriblemente abiertos, parpadean;  
 Parece que sus miembros se estremecen  
 Al avivarse el fuego que lo cerca,

O que el rígido cuerpo  
 Nada en el aire, flota en las tinieblas,  
 Y se hunde, y reaparece, y se transforma  
 Cuando la inquieta llamarada amengua,

Formando un fondo negro  
 Lleno de líneas vagas y revueltas;  
 Un medio en que se esfuman y se mueven  
 Formas abigarradas é incompletas.

## XIV.

El viento se ha callado entre los aires;  
 Los salvajes jadean;  
 Se apoyan en sus lanzas ó en los troncos,  
 O se dejan caer sobre la yerba.

La grito se enrarece; por el aire  
 Las voces se dispersan.  
 Suenan acá los llantos de mujeres;  
 Allá los magullados aun se quejan.

Los fuegos no avivados languidecen;  
 Sus oscilantes lenguas  
 Se mueven como el indio que borracho  
 Lleva de un hombro al otro la cabeza.

Corre entre aquellas voces un silencio  
 Semejante al que reina  
 Sobre la onda del río, cuando acaba  
 De pasar por el aire la tormenta.

## XV.

Lo rompe un joven indio que saltando  
 Desaforado llega;  
 Da un grito clamoroso, y con su lanza  
 Pasa de un viejo tronco la corteza.

Habla á voces, furioso sacudiendo  
 Su cabellera negra;  
 Sus palabras parecen alaridos  
 De una ruda y fantástica elocuencia;

Y salta como el tigre, y con la maza  
 El cuerpo se ensangrienta,  
 Y sobre el negro matorral de plumas  
 La bola agita atada á su muñeca.

Son de hierro sus miembros; nadie excede  
 Su talla gigantesca;  
 Ramas de sauce negro, sus cabellos  
 Sobre el rostro y los hombros, se despeñan,

Y en sus ojos pequeños y escondidos  
 Las miradas chispean  
 Como las aguas negras y profundas,  
 Tocadas por el rayo de una estrella.

## XVI.

Es el cacique *Yamandú*. Los indios  
 Se alzan y lo rodean.  
 ¿Qué quiere *Yamandú*? Reclama el mando  
 Mostrando sus heridas y su fuerza.

Nadie como él se descompone el rostro  
 Con espantosa mueca,  
 Ni lanza el alarido que, en la lucha,  
 Brota del hueco de su boca abierta;

Nadie como él en el hinchado labio  
 La señal atraviesa  
 Que distingue á los indios de las tribus,  
 Que más espanto infunden en la guerra.

¿Quién sinó él, entonces á la gente  
 Llevará á la pelea?  
 ¿Quién sinó él, que de enemigos muertos  
 Cien cabelleras en su toldo ostenta,

Y adorna su garganta con collares  
 De los dientes y muelas  
 De *arachanes* vencidos, cuyas pieles  
 Forman de su arco la flexible cuerda?

Jamás el gamo, huyendo en la llanura,  
 Pudo esquivar su flecha,  
 Ni el avestruz el golpe de su bola  
 Que silba como víbora sedienta.

¡Ahú! clama con grito prolongado.  
 Aquí en el *urunday*  
 El indio *Yamandú* clavó su lanza...  
 ¡Nadie la arrancará!

Yo he peleado con ella entre las tribus  
 Que ven salir el sol;  
 No la he roto jamás en la rodilla,  
 Ni en mi brazo tembló.

La he clavado en el bosque donde encienden  
 Los caciques *chands*,  
 Y los *minuanos*, *tapes* y *bohanes*  
 Los fuegos de su hogar.

Yo arranqué la sangrienta cabellera  
 Del fiero *Tubichá*  
 Cuya piragua atravesó las ondas  
 Del río como mar.

¡Ved mi pellejo! Tiene más heridas  
 Que plumas el *ñandú*,  
 Y que lunas han visto los ancianos  
 Salir del *guaycurú*.

Yo derramo la sangre de mi cuerpo,  
 De la que, en el chirca,  
 Brotan los *yacarés* que entre los juncos  
 Duermen del Uruguay.

Los rayos de los blancos no penetran  
 En mi curtida piel  
 Más dura que la piel de la tortuga  
 Y del *jagüareté*.

Mirad mis ojos: brillan en la sombra...  
 Son de *ñacurutú*...

¿Cuál de los indios tiene la mirada  
 De mis ojos de luz?

## XVII.

Un murmullo de asombro se difunde  
 Entre la turba aquella;  
 La tribu, fascinada y aturdida,  
 Nuevo cacique en el salvaje encuentra.

Ya en algunas gargantas comprimido  
 Está el grito de guerra,  
 La aclamación al indio cuyos ojos  
 Al moverse en la sombra centellean.

Entreabiertos é inmóviles los labios  
 Los otros lo contemplan;  
 Sobre aquel grupo de desnudos cuerpos  
 Las rojas llamaradas se reflejan.

Ellas solas se mueven y el cacique  
 Cuya ruda elocuencia  
 Es algo como un vértigo que estalla;  
 Una danza fantástica y siniestra.

Sólo él se agita, salta, se retuerce  
 Con espantosa fuerza.  
 Inmóvil lo demás; todas las almas  
 En los ojos absortos se condensan.

¡Nadie, prosigue el indio, estremeciendo  
 La turba con su voz,  
 Nadie la lanza que clavó mi brazo  
 De su tronco arrancó!

Llega á mi toldo, sin morder mis piernas,  
 El malo *añanguazú*;  
 Yo penetro de noche al más obscuro  
 Bosquecillo del *Hum*;

Las sombras de los viejos de mi tribu,  
 Que viven con *Tupá*,  
 Van en sus nubes á enseñarme el grito  
 Que lanzan los *chajds*;

Los perros que devoran á las lunas  
 No ladran como yo;  
 El viento negro de la noche calla  
 Cuando escucha mi voz.

¿Quién arranca mi lanza? ¿Quién su fuerza  
 Mide con Yamandú,  
 El indio de los brazos como el tronco  
 Del viejo guabiyú?

.....  
 ¿No oís el río? Suena en sus barrancas.  
 ¡Oid al Uruguay!  
 Es río de los indios... ¡Y los blancos  
 En su ribera están!

Los blancos que vinieron de allá lejos,  
 De donde sale el sol;  
 Los que matan los indios con los rayos  
 Que el astro les prestó,

Y les cortan las negras cabelleras,  
 Y les quitan la piel;  
 Y les roban la tierra en que nacieron  
 Y en que posan los pies.

Sólo esclavos del blanco allá en su toldo  
 El indio engendrará,  
 Y en sus bosques el fuego de la guerra  
 No encenderá jamás;

Dando un quejido morirá el charrúa  
 Que nunca se quejó,  
 Y sus mujeres correrán lanzando  
 Sus gritos de dolor.

¿Queréis matar al extranjero? Entonces  
 Seguid á *Yamandú*.  
 Yo sé matarlo como al gato bravo  
 De los bosques del *Hum*.

Los cráneos de los pálidos guerreros  
 Al indio servirán  
 Para beber la chicha de algarrobas  
 Y el jugo del palmar.

Sus rayos no me ofenden; en su sangre  
 Se hundirán nuestros pies;  
 Sus cabelleras en las lanzas nuestras  
 El viento ha de mover;

Virgenes blancas, que en los ojos tienen  
 Hermosa claridad;  
 Encenderán en nuestros libres valles  
 Nuestro salvaje hogar.

En esos días de las horas largas  
 En que canta el *sabid*,  
 Y al pie de la barranca está el bañado  
 Dormido en el juncal;

En esas noches en que á ratos se oye  
 El canto del *urú*,  
 Las vírgenes esclavas del charrúa  
 Brillarán con su luz.

Sus cuerpos son más blandos que el venado  
 Que acaba de nacer,  
 Y tiemblan como tiembla entre la yerba  
 La verde *caicobé*.

Sus cabellos parecen los renuevos  
 Más tiernos del sauzal;  
 Sus bocas se abren como el dulce fruto  
 Que da el *mburucuyá*...

¡Vamos! ¡Seguidme! ¡El extranjero duerme,  
Duerme en el Uruguay!  
¡El sueño que en sus ojos se ha sentado,  
No se levantará!

¿Véis? La luna de fuego de las lomas  
No se distingue aún;  
Aún se siente á lo lejos en las ramas  
El canto del urú!

## XVIII.

Un alarido inmenso, pavoroso  
En los aires revienta;  
Nadie á fauces humanas esos gritos,  
A escucharlos de noche, atribuyera.

Un águila tranquila, que pasaba  
Sobre la selva aquella  
El vuelo aceleró, cambió de rumbo,  
Y se perdió en la soledad inmensa;  
Y el tigre, bajo el párpado apagando  
De su enorme pupila la lumbrera,  
Y barriendo la tierra con la cola  
Y tendiendo hácia atrás la aguda oreja,  
A largo paso y con temor cambiando  
De sitio en la maleza,  
Se revolvió tres veces, para hundirse  
Y quedar más oculto entre las breñas.

## XIX.

¡Yamandú tubichá! ¡Yamandú enciende  
Los fuegos de la guerra!  
¡Al río! ¡Al río! ¡El extranjero blanco  
Tendido duerme en su cerrada tienda!

¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Vamos, cacique,  
Lanza al aire tu flecha,  
Para que al astro de los indios llegue,  
Y con presagios de victoria vuelva!  
Y la flecha del indio por el aire  
Tiende las alas muertas..  
¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Volvió del astro,  
Volvió del astro y se clavó en la tierra.  
¡Recta como las palmas de las islas!  
¡El astro habló con ella!  
¡Al río! ¡Al río! ¡Al Uruguay! ¡Al río!  
¡Cacique Yamandú! ¡Fuegos de guerra!

## XX.

En pos de Yamandú corre la tribu.  
Su negra silüeta  
Se ve á lo lejos tramontar las lomas  
Como obscuro rebaño de culebras.  
Sus gritos y los choques de sus armas  
Se perciben apenas;  
Las mujeres, los niños, los heridos  
En todas direcciones se dispersan.  
Se escuchan sus quejidos algún tiempo,  
Que en el bosque se internan;  
El silencio que huyó, de nuevo vuelve  
A echarse fatigado entre la yerba.

## XXI.

Todo está en calma: el viento está callado;  
Han vuelto las estrellas  
A brillar al través de sus vapores,  
Y siguen en silencio su carrera.

El cadáver del indio, abandonado  
 Flota entre las tinieblas;  
 Las hogueras, á punto de extinguirse,  
 Lo alumbran con penosa intermitencia,  
 Bañándolo en las tenues llamaradas  
 Que oscilantes y trémulas,  
 Sacan de entre las cálidas cenizas  
 Las puntiagudas y azuladas lenguas.  
 Las sombras que aleteaban, poco á poco  
 Han bajado á la tierra,  
 Y en torno de los fuegos espirantes,  
 Se arrastran, agarrándose á las breñas.

## CANTO TERCERO.

## I.

Duerme San Salvador entre rumores.  
 Corre á sus pies el río  
 Remedando el arrullo de una tórtola  
 Con su blando y monótono rüido.  
 El centinela en el bastión se duerme  
 Y, al verlo allí tranquilo,  
 Juegan con su arcabuz y con su adarga  
 Los invisibles genios de los indios  
 Con sus ojos pequeños, y sus cuerpos  
 Desnudos y cobrizos,  
 Con sus pechos y pómulos salientes,  
 Sus labios gruesos y cabellos rígidos:  
 Engendros microscópicos que miran  
 Al soldado dormido,  
 Trepan por él, lo palpan, cuchichean,  
 Y en grupos lo recorren con sigilo,

Y danzan en su torno de las manos,  
 Golpeando el suelo con alegre ritmo,  
 O, al compás de los ruidos de la noche,  
 Se mecen, en los aires suspendidos,

Lanzando esas fugaces carcajadas  
 Y esos pequeños gritos  
 Que se oyen en las noches silenciosas  
 Sin verse quién respira en el vacío.

¿Cómo puede dormir, soñar acaso  
 Ese hombre? ¿No habrá visto  
 Esas manchas de sangre que aparecen  
 Del astro solitario sobre el disco?

Las horas, impregnadas de indolencia,  
 Al soldado han vencido;  
 Juegan con su arcabuz y con su yelmo  
 Los invisibles genios de los indios.

## II.

¿Sentís moverse ese cardal cercano,  
 Y ese roce de cuerpos escondidos  
 Que se arrastran, cual suele entre los juncos  
 Arrastrarse callado el cocodrilo?

¿No véis entre las ramas asomarse  
 Las temerosas caras de los indios  
 Embijadas de rojo, y dibujadas  
 Con trazos verdes, negros y amarillos?

Las plumas de sus frentes se confunden  
 Con las hojas del cardo; el remolino  
 Del viento suave, al agitar las ramas,  
 Descubre acá y allá rostros cobrizos,